

MATILDA Y LAS MUJERES EN INGENIERÍA EN AMÉRICA LATINA

3



CÁTEDRA ABIERTA LATINOAMERICANA
MATILDA Y LAS MUJERES EN INGENIERÍA



Roberto Giordano Lerena - Adriana Páez Pino
Editores - Compiladores

El sueño de ser Ingeniera

Marcela Filippi

Universidad Nacional de Río Negro

Argentina

mfilippi75@gmail.com

Hija mayor de seis hermanos, cuatro mujeres, dos varones y un padre que nos repetía incansablemente: *“El estudio es lo único de valor que les puedo dejar”*. A 11 años de edad escuchando historias en la mesa familiar acerca de un primo lejano, que ni siquiera conocía pero que trabajaba como ingeniero químico en una petrolera, empezó a despertar mi curiosidad por la Ingeniería ¿Qué era? ¿A qué se dedicaban los ingenieros? Y un millón de preguntas más.

Fueron pasando los años y la idea se acrecentaba, el gusto por la matemática, la física, la química y la curiosidad por saber más sobre el porqué de las cosas y el entusiasmo por resolver problemas, hicieron que cada día estuviera más convencida de que quería ser ingeniera.

En 4to año del secundario ya tenía elegida la carrera y la universidad: Ingeniería Química en la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca, a 400km de dónde vivíamos, algo que a mi madre no le convencía demasiado. Tenía que ir sola a una ciudad cuando nuestra vida se desarrollaba en un pueblo muy pequeño en el que todos nos conocíamos; pero no había lugar a dudas, mi convicción era inquebrantable.

Recuerdo, como si fuera hoy, cuando la profesora de química, en una charla de las que teníamos frecuentemente, nos pregunta si ya teníamos pensado que íbamos a estudiar. Cuando tocó mi turno de hablar, con mucho entusiasmo, le dije Ingeniería Química, a lo que ella contestó *“en dos meses volvés, este colegio no te forma para estudiar una carrera como esa”*

En ese momento me sentí un poco desilusionada, no hice ningún comentario ya que era una chica muy, muy, tímida y todo lo que pensaba quedaba guardado en mi cabeza. Lo comenté en casa y mis padres me siguieron alentando a que haga lo que yo sintiera que me haría feliz.

En febrero de 1994 ahí estaba, sentada en un aula de la universidad, comenzando con mi sueño. Había iniciado el cursado de Ingeniería Química.

Seis años más tarde, un mediodía caluroso de diciembre con toda mi familia y un montón de amigos esperando afuera, rendía mi última materia. No cabía en mí de la alegría que sentía. Un sueño hecho realidad, pero ahora había que seguir. Esto era sólo el fin de una etapa.

Las visitas al correo eran diarias, hojas de vida a todas partes del país, nada de experiencia, sólo el título y cursos que había realizado en la universidad. En 2 meses, 3 entrevistas y muchísimos currículos enviados.

A principios del siguiente año, una llamada de un colegio secundario por unas horas de química y tecnología. No había nada que pensar, por algo se empezaba. Seis meses más, y una nueva oportunidad, una beca en estudio de gases de efecto invernadero, un tema del que siempre había escuchado hablar, pero nunca había estudiado en profundidad, y comenzó una nueva experiencia.

Seis meses después, comenzaba con un nuevo desafío con el que nunca había soñado, ni siquiera se había pasado por mi cabeza, hacer un estudio de post grado. Mi objetivo era *“trabajar en procesos, en una industria”*, pero en ese momento no había demasiada oferta laboral, no tenía suficiente experiencia para las aspiraciones que tenía, entonces comencé a transitar un nuevo mundo, el mundo de la ciencia y tecnología de los alimentos, a medida que avanzaba en el estudio y en la tesis del magister más me entusiasmaba, era apasionante conocer cada detalle de los procesos, de las materias primas, de las tecnologías, y millones de cosas más.

Y durante este buceo en las aguas de la ciencia de alimentos llega “La Propuesta”: formar parte de un equipo de trabajo en un laboratorio de procesos en una planta de producción de jugos concentrados de pera y manzana. No lo podía creer, sin buscarlo, sin pensarlo, llegó el momento.

Que alegría aquel primer día, era la oportunidad que había buscado tanto tiempo, y ahora la tenía delante de mis ojos, la podía palpar, la podía sentir. Entrar a la planta y sentir ese ruido, esos equipos en funcionamiento, toda esa maraña de caños llevando producto. Lo que no me imaginaba era lo que venía después.

La recepción por parte del gerente de la planta no fue la mejor. Nunca supe por qué, si fue porque era mujer o porque era “muy joven” para hacer ese trabajo. Una señorita muy amable de recursos humanos me presentó al equipo de laboratorio, a quien tampoco le agradó mi incorporación, pero los chicos y chicas que estaban en los turnos del laboratorio eran muy amables conmigo y hacía ya muchos años que trabajaban allí.

En mi primer día, el jefe de laboratorio me indica que debía hacer varias experiencias y para ello debía sacar muestra del tanque 1 del equipo 7. Mi cara de desencajada debe haber sido muy evidente porque inmediatamente le pide a mi compañera de laboratorio que me guía en un recorrido por la planta para que conozca el proceso.

En el recorrido advierto que ningún tanque tiene número, ningún equipo tiene número y ninguna cañería indica la dirección del fluido, entonces pregunto por el diagrama de flujo, *flowsheet*, algo que me ayudara a entender un poco más, ahora la cara de desencajada era la de mi compañera, quien con una sonrisa me dice, es una planta vieja, una empresa chica y nosotros sabemos los números de los tanques y equipos porque hacemos el muestreo todos los días. Mi cabeza estaba a mil, había que hacer algo urgente. Obviamente, volví al laboratorio y le comenté mi inquietud al jefe de laboratorio, quien me dijo que lo conversaría con la gerencia, nunca más en ese año se volvió a tocar el tema, y de tanto ir a la planta y observar las bombas, cañerías y equipos empezaba a entender un poco el proceso.

Los 5 años siguientes fueron un torbellino, al año siguiente de comenzar estaba como jefa de laboratorio, al siguiente, como jefa de producción y ese lugar me permitió hacer muchos de los cambios que había pensado. Empezando por hacer un diagrama de flujo y que cada sector lo tuviera a disposición, y colocar el número de los tanques y equipos para que nadie se confundiera, capacitar al personal era imprescindible, algunos operarios hacían su trabajo en forma automática y cuando cambiaban las condiciones se generaban problemas en el proceso, costó mucho, mucho trabajo poder comunicar y que cale la idea de que éramos un equipo de trabajo y que todos teníamos nuestra responsabilidad, pero se logró.

Luego llegó la gerencia de producción, y había más responsabilidades, más horas sin dormir, noches enteras dentro de la planta tratando de solucionar algún problema. Una hija recién nacida, pero con el apoyo de mi esposo y familia pudimos salir adelante.

Entre la etapa de la jefatura de producción y la gerencia de producción, llega una propuesta inesperada, e inusual para el lugar dónde vivía. Una universidad que comenzaba a caminar en la provincia de Río Negro y la posibilidad de coordinar una localización, además de hacer docencia e investigación.

En mi paso por PLAPIQUI⁶, mientras hacía mi tesis de magister había disfrutado mucho del trabajo de investigación y de la docencia. De hecho, al desembarcar en el laboratorio de planta de procesos, por las noches dictaba clases en un instituto terciario que forma técnicos en producción que, con el nacimiento de mi hija debí dejar. Volviendo a la propuesta de la Universidad, me gustaba muchísimo y acepté el desafío.

⁶ Planta Piloto de Ingeniería Química. Corresponde al Instituto de I+D+i en áreas de ingeniería de procesos y productos, dependiente de la Universidad Nacional del Sur (UNS) y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Durante 4 años convivieron ambas caras: la de la ingeniera que resolvía problemas de procesos, hacía planes de mantenimiento y realizaba compras para producir la mayor cantidad de jugo posible y la de la ingeniera docente e investigadora, que a su vez gestionaba dos carreras que no estaban del todo relacionadas con mi formación, un ciclo de licenciatura en administración y una tecnicatura en mantenimiento industrial.

Luego, llegó la hora de comenzar con las clases de Fenómenos de Transporte y Operaciones Unitarias en las carreras de Ingeniería en Alimentos e Ingeniería en Biotecnología y fue en ese entonces cuando decidí continuar con mi carrera en la universidad y dejar atrás el trabajo en la industria. En este camino, también sucedieron muchas cosas. Además de seguir con la docencia y la investigación, dirijo la carrera de Ingeniería en Alimentos y la Escuela de Producción, Tecnología y Medio Ambiente de la sede Alto Valle y Valle medio de la Universidad Nacional de Río Negro.

Desde hace más de un año soy miembro de CONFEDI, representando a mi universidad. También fui convocada para ser miembro fundador de la cátedra Matilda, además de representar a la universidad en AUSAL, la asociación que nuclea a las carreras de Ingeniería de Alimentos de todas las universidades del país.

En este camino transitado he cosechado muchas alegrías, muchas satisfacciones y también muchas frustraciones y sabores amargos, pero siempre seguí adelante y cada vivencia la he tomado como un aprendizaje.

A las y los estudiantes de ingeniería que pasan por mis asignaturas o que me eligen como directora de sus trabajos finales, siempre les digo que cada oportunidad que tengan no la desperdicien, siempre es el camino a algo mejor, es experiencia ganada, aprendizajes nuevos.

La ingeniería, en todas sus especialidades, te abre puertas inimaginables, te hace conocer gente increíble y te hace vivir momentos inolvidables.

Toda mujer que lo desee puede ser ingeniera, con esfuerzo y perseverancia se puede llegar a cualquier lugar y lograr los objetivos que se proponga.